

- ¿Inquieto ¿ por qué ?
 — ¿ Cómo ha de volver á encontraros ?
 — ¡ Oh ! no os inquietéis por eso.
 — ¿ Cómo que no me inquiete ?
 — Sí, podéis estar tranquilo.
 — Pero...
 — No tengáis cuidado, está en seguridad.
 — ¿ Y dónde ?
 — En casa de la Barbeta, en el pasadizo de las Viñas, que es adonde se ha llevado á Babilas.
 — ¡ Ah ! sí... sí... La Barbeta...
 — ¿ No la conocéis ?
 — Esperad ; ¿ no es esa la alquiladora de sillas de Paja-Larga ?
 — Y la mía, excelencia
 — No creí que tuvierais tan religiosos hábitos, Gibassier.
 — Qué queréis, excelencia, va uno envejeciendo, y creo que es ya tiempo de que vaya pensando en mi salvación.
 — *Amén*, dijo Mr. Jackal tomando un enorme polvo que cogió de su tabaquera y aspirándolo ruidosamente.
 Y ambos bajaron juntos la calle de Santiago hasta la esquina de la Vieille-Estrapade, donde Mr. Jackal montó en su carruaje y se despidió de Gibassier.

Éste, dando un rodeo, volvió á entrar en la calle de Postas y subió á casa de la alquiladora de sillas, adonde con permiso de nuestros lectores nos guardaremos muy bien de seguirle.

CAPÍTULO VII.

MIGNÓN Y WILHELM MEISTER.

Vuelta enteramente en sí la pequeña Rosa de Noel, fijó en Ludovico sus grandes ojos claros, tristes é inquietos. Quería hablar, bien para dar gracias al joven, bien para contarle la causa de su desmayo.

Pero el joven puso la mano sobre la boca, recomendándola el silencio, sin decirle una palabra, por temor sin duda de sacarla de la especie de letargo que sucedía ordinariamente á estas crisis.

Cuando hubo vuelto á cerrar los ojos, se inclinó hacia ella como para hablar á su pensamiento.

— Duerme un poco, mi pequeña Rosa, murmuró con dulce voz ; sabes que cuando te dan estos ataques, necesitas un cuarto de hora de descanso. Duerme ; hablaremos después, cuando despiertes.

— Sí, respondió sencillamente la niña en medio de su comenzado sueño.

Tomó entonces Ludovico una silla, la colocó con cuidado al lado de la cama de Rosa de Noel, se sentó, apoyó la cabeza en la madera del catre y pensó...

¿ En qué pensó ?

¿ Debemos, en efecto, hacer traición á los dulces y castos pensamientos que se cruzaban en la mente del joven, durante el casto y dulce sueño de la niña ?

Digamos antes de todo, que ésta estaba encantadora.

Juan Robert hubiera dado su mejor oda, y Petrus su

mejor boceto por mirarla un minuto: Juan Robért á fin de cantarla, Petrus á fin de pintarla.

Era la belleza grave, la gracia virginal y pura, la tez suave y ligeramente sonrosada de la Mignón de Goethe ó Scheffer.

Era la representación del rápido momento en que la niña se convierte en joven, en que el alma va á tomar cuerpo, en que el cuerpo va á tomar alma.

Era el momento, en fin, en que en el pensamiento del poeta, el primer rayo de amor lanzado por los ojos del cómico ha penetrado en el corazón de la gitana.

Y Ludovico tenía también por su parte cierta semejanza con el héroe del poeta de Francfort.

Un poco cansado de la vida antes de haber entrado en ella, Ludovico tenía el defecto común á los jóvenes de la época que tratamos de pintar y sobre la cual los poemas desesperados y sarcásticos de Byron habían arrojado su poético desencanto. Cada cual se creía destinado á ser un héroe de balada ó de drama, D. Juan ó Manfredo, Steno ó Lara.

Añádase á esto que Ludovico, médico, y por consecuencia materialista, había aplicado á la vida las doctrinas de la ciencia. Habitado á cortar en la carne humana, había hasta entonces, como Hamlet, filosofando sobre la cabeza de Yorick, considerado la belleza humana como una máscara que cubría un cadáver, y en cualquier ocasión se había burlado implacablemente de aquellos de sus discípulos que alababan la belleza ideal de las mujeres y el amor platónico de los hombres.

Á pesar de las teorías opuestas de sus dos amigos Petrus y Juan Robert, no había hasta entonces querido ver en el amor más que un acto puramente físico, un voto de la naturaleza, en fin, el contacto de dos epidermis, produciendo

un efecto análogo á la chispa producida por una batería eléctrica.

Nada más.

En vano Juan Robert había luchado contra este materialismo, llamando en su ayuda todos los dilemas del amor más refinado; de nada había servido que Petrus le mostrara las manifestaciones del amor en la naturaleza entera: Ludovico lo había negado.

En amor como en religión era ateo.

De modo que desde su salida del colegio, todo el tiempo que había podido distraer del trabajo lo había consagrado á las princesas de azar que la casualidad le deparaba.

Así es como le hemos visto dando el brazo á la princesa de Vanves, á la bella Cantalilas.

Un paseo por el bosque por la mañana con una, paseo por la noche en barco con otra, una comida en los mercados con esta, un baile de máscaras con aquella, tales eran las diversiones un poco superficiales que Ludovico había hasta este momento pedido á las mujeres.

Jamás había pensado en tratarlas de otro modo que como á máquinas de placer, como á autómatas hechos para distraernos. Sentía un supremo desdén hacia la inteligencia femenil; decía que en general las mujeres eran bellas y bestias, como las rosas á las que los poetas tenían la impertinencia de compararlas.

Jamás, por consecuencia, le había ocurrido la idea de hablar seriamente con ninguna, bien se llamase Mad. Stael ó Mad. Roland. Las que admiraban, eran según él en naturaleza una especie de monstruos, turgencias del género, desviaciones de la raza.

Apoyaba esta teoría en la vida de las mujeres de la antigüedad, relegadas, así en Roma como en Grecia, al gy-

neceo ó al lupanar. Buenas cuando más como Lais, para hacer cortesanas, ó como Cornelia, para hacer matronas, relegadas en fin como entre los turcos al harém, en él que esperan humildemente una señal del señor para atreverse á amarle.

Habían cuidado de hacerle presente que la variedad de nuestros conocimientos, nuestra educación de veinticinco años, desenvolviendo las facultades depositadas en germen en nuestro cerebro y en nuestro corazón, sólo nos daban una aparente superioridad intelectual sobre la mujer, pero que llegaría un tiempo, y ciertas excepciones probaban que este razonamiento no era una utopía, llegaría un tiempo en que siendo igual la educación de los dos sexos, igual sería también la inteligencia.

Nada de esto quería creer, y sostenía, respecto á las mujeres, su sistema de vida vegetal-ó cuando más animal.

Era pues un niño obstinado, como hemos dicho, un alma virgen en un cuerpo desflorado.

Se parecía á esas plantas tropicales, que nacidas en nuestros invernaderos se abren y marchitan. Pero dadles en vez de la atmósfera artificial de la estufa el fecundante calor de un sol ardiente y revivirán y resplandecerán.

Por lo demás, Ludovico no había tenido jamás conciencia ni idea ninguna de la secatura moral en que vegetaba.

Sólo faltaba un momento en que el amor, ese sol fecundante del hombre y de la mujer, inundase su alma de sus más calientes rayos para que se sintiera renacer y sus amigos le vieran florecer y fructificar.

Durante el casto sueño de Rosa de Noel, de cuyo rostros no podía apartar la vista, fué cuando subieron á su cerebro, como perfumadas brisas, esas oleadas de juventud

y de amor que refrescan de ordinario las frentes de los jóvenes de veinte años.

Ludovico llegaba con seis ó siete años de atraso.

Y al propio tiempo que este encantado ambiente se agitaba alrededor de su cabeza, sentía afluir á su corazón, como las capas de agua de una esclusa pensamientos extraños de un delirio, de una dulzura desconocidos.

¿Y qué nombre dar á aquel dulce estremecimiento que recorrió todo su cuerpo? ¿Cómo llamar á aquella emanación desconocida con que se acababa de bañar su frente? ¿Qué decir de aquella emoción que se acababa de apoderar de su alma tan violenta, tan inopinadamente?

¿Era esto amor?

No: era imposible. ¿Podía creer en él el que había pasado su juventud en combartirlo, en despreciarlo, en negarlo?

¿Y podía sentir amor por aquella niña, por aquella muchacha sin madre, por aquella gitana?

No, era solo interés.

¡Oh! sí, sí; y Ludovico se confesaba á sí mismo que se interesaba vivamente por Rosa de Noel.

Era una especie de apuesta que había hecho con la enfermedad, una burla que jugaba á la muerte.

Á la primera mirada que dirigió á Rosa de Noel hubiera dicho:

— Hé aquí una niña que no vivirá.

Después la había vuelto á ver en el taller de Petrus, en la casa, cuando tenía aquellas indisposiciones febriles, sentada en una pequeña colina pidiendo al sol uno de sus rayos para calentarse como si fuera una flor.

Y había dicho:

— ¡Qué lástima que la pobre niña no pueda vivir!

La había seguido luego en el rápido desenvolvimiento de sus facultades intelectuales.

Recitando versos con Juan Robert.

Aprendiendo á tocar el piano con Justino.

Dibujando con Petrus.

Y dirigiéndole á él, á la vez, con su argentina voz y sus grandes ojos, brillantes por la fiebre, preguntas tan profundas é infantiles, que no sabía á veces qué responderla.

Y había dicho:

— Es preciso que esta niña no muera.

CAPÍTULO VIII.

LO QUE HABÍA EN EL CORAZÓN DE LUDOVICO.

Desde este momento, y hacia sobre unas seis semanas que se le había escapado la exclamación: *Es preciso que esta niña no muera*. Ludovico con toda la pasión que abordaba cualquiera cuestión médica, se había entregado en cuerpo y alma al afán de devolver la salud á la pobre niña.

Había contado los latidos del pulso, había escuchado el pecho, había estudiado el fuego de los ojos, y había quedado convencido de que el fuego de los ojos y la precipitación del pulso nacían de una sobreexcitación nerviosa; pero que ninguno de los órganos necesarios para la vida estaba atacado seriamente. Había prescrito un tratamiento puramente higiénico al físico, puramente filosófico á la parte moral.

Había medido el tiempo para el alimento espiritual, como para el alimento material. Conservando un carácter

pintoresco al traje de la niña, le había quitado todo lo que tenía de raro ó excéntrico.

En fin, al cabo de seis semanas de este tratamiento, del que Ludovico vigilaba diariamente por sí mismo la exacta aplicación, la mejoría era notable, como ya hemos dicho. Rosa de Noel había vuelto á ser la niña que hemos tratado de presentar al lector, ya joven en el momento en que la visita de Mr. Jackal acababa de sumirla en una de esas crisis en que caía siempre que á pesar suyo la traían á la memoria los terribles recuerdos de su infancia.

Hemos visto cómo Ludovico, que había hecho costumbre el visitarla diariamente bajo el especioso pretexto de asegurarse por sí mismo del exacto cumplimiento de su plan curativo, llegó en el momento crítico. Sabemos que había quedado solo por ausencia de Mr. Jackal, y que velaba sentado al pie de la cama el sueño de Rosa de Noel, mirando á ésta y preguntándose á sí mismo lo que pasaba en su corazón.

— ¿Era simplemente el deseo lo que sentía?

— No. Ángeles de la virtud, vosotros sabéis que no era el deseo, porque jamás mirada tan casta cayó sobre tan immaculado cuerpo.

— ¿Qué era pues?

Puso una mano sobre su frente para obligar á su cerebro á pensar, y otra sobre su corazón para impedir que latiera.

Pero su cerebro y su corazón cantaban unísonos el puro y blanco cántico del primer amor, y fuerza fué que lo escuchara.

— ¡ Oh ! ; es amor ! dijo, dejando caer su cabeza entre sus manos.

Sí, era amor ; el más puro, el más joven, el más ino-

cente, el más virginal amor que puede nacer en un corazón atrasado.

Era la ardiente simpatía, la espontánea ternura de un alma tardía, por un alma apenas abierta.

La hada de los lirios acababa de pasar sobre sus cabezas y había deshojado sus más blancas flores sobre la frente de aquellos dos niños.

¡Qué mujer sabrá nunca y con qué palabras se podrá decirle las mudas adoraciones, misteriosas, inefables, que llenan el corazón del hombre á las primeras revelaciones del amor!

Así sucedió á Ludovico.

Parecióle á él mismo su corazón un altar, su amor una especie de culto.

Todo su pasado de escéptico desapareció, como en el teatro desaparece ante la varita mágica de una hada y á la orden del maquinista una decoración que representa un desierto.

Volvióse hacia el porvenir, y á través de blancas y rosadas nubes vió un nuevo horizonte.

Este horizonte fué para él lo que para el marino que acaba de atravesar los trópicos y doblar los cabos; la aparición de una de esas encantadoras islas del océano Pacífico ó del mar de las Indias, con sus grandes árboles, sus gigantescas flores, sus profundas freseuras y sus acres perfumes.

Haití ó Ceilán.

Levantó la frente, sacudió la cabeza, se apoyó de nuevo en la madera de la cama, como lo hiciera en los momentos de dormirse Rosa de Noel, y la contempló con una especie de ternura paternal.

— Duerme, niña, murmuró: bendita seas tú que me

has revelado la vida. Era el amor lo que llevabas bajo tus alas, paloma querida, el día que te encontré. Y he pasado tantas veces á tu lado, y tantas veces te he visto, y tantas te he mirado, y tantas también he estrechado tus manos entre las mías, y todo ha permanecido mudo ó me ha hablado una lengua desconocida. Durante tu sueño es cuando me has revelado mi amor.

Duerme, niña querida de misterioso origen; los ángeles velan sobre tu cabecera: yo me ocultaré entre los pliegues de sus túnicas para verte dormir.

Ve tranquila por el bello país de los sueños en que viajas. Yo no te miraré más que á través del blanco velo de tu inocencia: mi voz no turbará jamás el dorado sueño de tu corazón.

Aquí llegaba Ludovico de ese concierto íntimo que todos hemos sentido en nosotros ó alrededor nuestro, más ó menos armonioso, cuando Rosa de Noel abrió los ojos y le miró.

Subió el rubor á la frente de Ludovico, como si hubiera sido sorprendido cometiendo una mala acción.

Conoció la necesidad de hablarla, y su lengua tartamudeó:

— ¿Habéis dormido bien, Rosa? preguntó.

— ¿Habéis! ¿me decís *habéis*, Sr. Ludovico?

Ludovico bajó los ojos.

— ¿Por qué me habláis de *vos*? continuó la niña habituada á que todo el mundo la tuteara.

Después añadió como interrogándose á sí misma:

— ¿Habré sido tal vez mala durante mi sueño?

— ¿Vos mala, querida niña, exclamó Ludovico, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

— ¿Vos todavía! repitió Rosa de Noel; ¿pero por qué no me tuteáis ya, Sr. Ludovico?

Ludovico la miró sin responderla.

— Parece que están enfadados conmigo cuando no me tutean, continuó Rosa de Noel. ¿Lo estáis acaso vos?

— ¡Oh! no, exclamó Ludovico, os lo juro.

— ¡ Vos otra vez!... ciertamente que os debo haber causado algún pesar que no me queréis decir.

— ¡ Oh! no, no, nada, mi querida Rosa.

— Sea enbuenhora y gracias á Dios. Continúad.

Ludovico ensayó el dar un poco de gravedad á su rostro.

— Escuchad, hija mía, dijo.

Rosa hizo una encantadora mueca al oír la palabra *escuchad*, que la presagiaba no sé qué vaga contrariedad, cuya causa la hubiera costado trabajo explicar.

Ludovico continuó:

— ¡ Ya no sois una niña, Rosa!

— ¡ Yo! interrumpió la niña admirada.

— Dentro de algunos meses no lo seréis, continuó Ludovico. Dentro de algunos meses seréis una persona á la que todo el mundo deberá respetar. Pues bien, Rosa, no es respetuoso en un hombre como yo el hablaros tan familiarmente como yo tenía costumbre de hacerlo.

La niña le miró de manera tan cándida y tan expresiva á la vez, que Ludovico se vió obligado á bajar la vista.

Esta mirada significaba claramente:

— Creo efectivamente que tenéis una razón para no tutearme; ¿pero es la verdadera razón la que acabáis de decirme? Lo dudo mucho.

Ludovico comprendía perfectamente la mirada de Rosa de Noel.

La comprendió tan bien, que por segunda vez bajó los

ojos embarazado con el modo ó manera con que se librería de aquel mal paso, si Rosa se empeñaba en pedirle una explicación más positiva sobre aquel cambio en la forma de sus relaciones.

Peró ésta, por su parte, mirándole en tanto que él bajaba los ojos, sintió una cosa desconocida en su corazón. Era una especie de opresión, pero llena de dulzura y de placer.

Entonces sucedió una cosa singular. Era, que dirigiéndole en voz baja las palabras que hubiera querido dirigirle en alta voz, Rosa de Noel notó que en tanto que Ludovico, que siempre la había tuteado, dejaba de tutearla, ella que siempre le había dicho *vos* con la voz, le llamaba de *tú* con el corazón.

Y entonces tocó á Rosa de Noel el callarse, temblar y ruborizarse á su vez.

Hundió su cabeza en la almohada y atrajo sobre sus ojos una de las gasas en que estaba de continuo envuelta, á consecuencia del pintoresco traje que usaba.

Ludovico la miró con inquietud.

— La he causado un pesar y llora.

Entonces, levantándose y reprochándose á sí mismo su demasiada delicadeza no comprendida por la inocente niña, se acercó á su cama, se inclinó sobre la almohada, y con su más dulce acento la dijo:

— ¡ Rosa, mi querida Rosa!

Al oír esta voz que resonó en el fondo de su corazón, volviósese tan rápidamente que su abrasador aliento se confundió con el aliento de Ludovico.

Quiso éste levantarse, pero sin que Rosa de Noel se pudiera dar cuenta á sí misma de un instintivo movimiento, sus dos brazos se enlazaron alrededor del cuello del joven.

Y sus labios rozaron los ardientes de aquél murmurando como una respuesta á estas cuatro palabras: Rosa, mi querida Rosa.

— ¡Ludovico, mi querido Ludovico!...

Después ambos arrojaron un grito, Rosa de Noel rechazando al joven.

Éste echándose hacia atrás violentamente.

En este momento se abrió la puerta.

Era Babolin que entraba gritando:

— Rosa de Noel, Babylas se ha escapado, pero la Brocante lo ha cogido y le va á dar una famosa tunda.

Y en efecto, los lamentables ladridos de Babylas, subiendo hasta el entresuelo de Rosa de Noel, vinieron á confirmar aquel adagio: « Quien bien te quiera te hará llorar. »

CAPÍTULO IX.

EL COMENDADOR TRIPTOLEMO DE MELÚN, GENTILHOMBRE DE CÁMARA DEL REY.

En el mismo día, unos tres cuartos de horas después que Mr. Jackal y Gibassier se separaron en la calle de la Vieille-Estrapade, Gibassier, para ir á buscar á Caramela en casa de la Barbeta, y Jackal para subir en su carruaje, el honrado Mr. Gerard, que estaba ocupado en leer los periódicos en su gabinete de Vanves, vió entrar en el salón en que se encontraba al mismo ayuda de cámara que en el momento en que se desesperaba de la vida de su amo fué

á buscar un sacerdote á Bas-Meudón y le llevó á fray Domingo.

— Veamos, ¿ á qué vienes á incomodarme ? ¿ Algún mendigo acaso ? preguntó Mr. Gerard.

El criado contestó anunciando con voz grave:

— S. E. el señor comendador Triptolemo de Melún, gentilhombre de cámara de S. M. el rey.

Este anuncio hizo un efecto prodigioso.

Mr. Gerard se puso carmesi de orgullo, y levantándose con viveza se dirigió á mirar por las profundidades del corredor para descubrir desde lo más lejos que le fuera posible al ilustre personaje que con tal énfasis acababa de serle anunciado.

En efecto, en la penumbra divisó un hombre de alta estatura, delgado, con cabellos, ó más bien con peluca rubia y rizada, calzón corto, espadín, casaca á la francesa, pechera de encaje y una presilla con varias condecoraciones en el pecho.

— Entrad, entrad, gritó Mr. Gerard.

Apartóse el criado, y S. E. el comendador Triptolemo de Melún, gentilhombre de cámara del rey, entró en el salón.

— Venid, señor comendador, venid, dijo Mr. Gerard.

El comendador dió dos pasos, se detuvo, se inclinó ligeramente, bajó lentamente la cabeza guiñando el ojo izquierdo, demostrando en fin en todos sus movimientos y hasta en la manera con que levantó sobre su frente los anteojos, á fin de ver mejor á Mr. Gerard, aquella suprema impertinencia y cierto aire altivo, don propio y natural de las personas de buena familia.

Entretanto Mr. Gerard, convertido en una interrogación, esperaba á que el desconocido le diera la gana de explicarle el objeto de su visita.

El desconocido se sentó é invitó para que hiciera lo mismo á Mr. Gerard.

Sentados ambos ya, uno enfrente de otro, el comendador sin decir una palabra sacó del bolsillo su tabaquera, y olvidando preguntar á Mr. Gerard si tomaba tabaco, cogió un polvo que aspiró voluptuosamente.

Hecho esto volvió á bajar sus anteojos y mirando figamente á Mr. Gerard le dijo :

— Caballero, vengo de parte de S. M.

Mr. Gerard se inclinó hasta meter su cabeza entre sus dos rodillas.

— ¿ De S. M. ? balbuceó.

Después el desconocido continuó con acento rápido y altivo :

— El rey me envía para felicitaros por el éxito de vuestro proceso.

— El rey es mil y mil veces demasiado bueno para conmigo, exclamó Mr. Gerard. Pero, ¿ cómo ès que el rey ?...

Y miró al comendador Triptolemo de Melún con una expresión tan marcada, que era imposible no adivinar lo que quería saber.

— El rey es el padre de todos sus vasallos, caballero, respondió el comendador. Se interesa por todo el que sufre, y conociendo todos los dolores que debe haber sufrido vuestro corazón desde la pérdida de vuestros dos sobrinos, S. M. os felicita por mis labios, y me encarga deciros que os acompaña en vuestros pesares. Creo inútil deciros, señor, que uno mis sentimientos á los de S. M.

— Es demasiado honor y demasiada bondad, señor comendador, respondió modestamente Mr. Gerard, y no sé si soy digno de ellos.

— ¡ Si sois digno, Mr. Gerard !... exclamó el comenda-

dor. Tenéis la humildad de preguntar si sois digno. En verdad que me admiráis. Y qué, un hombre que ha sufrido como vos, trabajado como vos, practicado la caridad como vos, un hombre cuyo nombre se halla escrito con todas sus letras sobre la fuente, en el lavadero, en la iglesia, en cada piedra en fin de este pueblo, un hombre cuya fama universal significa amor al bien, caridad para con sus semejantes, desinterés para con todo el mundo, ¿ ese hombre me pregunta si merece los favores del rey ? Os lo repito, caballero, me sorprende tanta humildad, y es una virtud más que añadiré desde hoy á vuestras innumerables virtudes.

Mr. Gerard no sabia qué decir ni qué hacer. Ante los elogios de un hombre que venia de parte del rey, se iba hinchando poco á poco hasta el punto de estallar, como estos elogios continuasen en su progresiva intención. Estas palabras, « favores del rey, » habían resonado en su oído como una deliciosa música, y entreveía confusamente en el porvenir no sé qué brillantes recompensas de sus virtudes.

— Señor comendador, respondió todo turbado ; no he hecho para con mis semejantes más que lo que debe hacer todo buen cristiano. ¿ No nos enseña la religión á servirnos, á amarnos, á ayudarnos los unos á los otros ?

El comendador levantó sus anteojos hasta lo más alto de su frente, y con sus dos pequeños ojos miró fijamente á Mr. Gerard.

— Si, pensó interiormente, hubiérame sorprendido el no hallar una pequeña dosis de jesuitismo bajo esa máscara filantrópica. Vamos, cojamos á este hombre por el flaco.

Y añadió en voz alta :

— ¡ Y no es nada, caballero, el observar rigurosamente

los principios que nos enseña la santa religión, y S. M., que lleva el título de rey cristianísimo, y que se alaba con justo título de ser el hijo primogénito de nuestra santa madre la Iglesia, no debe distinguir y recompensar á los verdaderos cristianos ?

— ¡ Recompensar ! exclamó Mr. Gerard con tal prisa, que se arrepintió en cuanto sus labios dejaron escapar este infinitivo.

— Sí, caballero, recompensar, respondió el comendador, en cuyos labios se dibujó una extraña sonrisa. El rey ha pensado en recompensaros.

— Pero, interrumpió vivamente Mr. Gerard como para destruir el mal efecto de su anterior apresuramiento, ¿ no lleva en sí su propia recompensa el deber, señor comendador ?

— Cierto que sí, respondió el gentilhombre de cámara, y aprecio como debo vuestra observación : el deber lleva en sí la recompensa, y esa es la retribución del hombre de bien ante Dios. Pero recompensar á las gentes que han cumplido con su deber, ¿ no es señalarlas al reconocimiento público, á la admiración general, al aprecio de sus conciudadanos ? ¿ No es mostrarlas como ejemplo á los que dudan entre el bueno y el mal camino, á aquellos que no son ni buenos ni malos, á esos, por fin, que nada son ? Este es al menos el pensamiento de S. M., y á no ser que rehuséis positivamente aceptar los favores de que el rey me ha encargado de colmaros, tengo obligación de saber cuál es la cosa que más pudiera agradaros.

CAPÍTULO X.

EL COMENDADOR TRIPTOLEMO DE MELÚN, GENTILHOMBRE DE CÁMARA DEL REY (CONTINUACIÓN).

Mr Gerard sintió como si una nube pasara ante sus ojos.

— Perdonadme, señor comendador, dijo, pero estaba tan ajeno de la visita con que acabáis de honrarme y de la solicitud paternal de S. M., que mi razón se turba y no encuentro absolutamente palabras con que mostraros mi reconocimiento.

— El reconocimiento es más bien nuestro, caballero Gerard, replicó el comendador, y, ó yo me engaño mucho, ó S. M. os dará de viva voz la prueba de lo que os digo.

M. Gerard se inclinó sobre su silla de un modo que por segunda vez su cabeza desapareció entre sus rodillas.

El comendador esperó pacientemente á que Mr. Gerard recobrase su actitud normal.

Después dijo :

— Vamos, Mr. Gerard, si el rey os diera, de una ú otra manera, la misión de recompensar á un hombre de vuestro mérito. ¿ qué especie de recompensa le concederíais ? Responded francamente.

— Confieso, señor comendador, dijo Mr. Gerard devorando con la vista la cinta que adornaba el ojal del comendador, confieso que me vería embarazado para elegir.

— Si se tratase de vos, lo comprendo, pero suponed que se trata de otro, de un hombre honrado como vos, si

es que se puede encontrar uno que se os asemeje en la tierra.

El comendador pronunció estas palabras con un ligero acento de ironía que hizo estremecer á Mr. Gerard.

Interrogó con la vista al gentilhomme de cámara, pero su rostro expresaba tal benevolencia, que la duda, si es que por un momento había dudado, se desvaneció.

— ¡ Oh ! dijo bajando modestamente los ojos Mr. Gerard, me parece que en ese caso, señor comendador...

— Vamos, acabad.

— Pues bien, me parece, continuó Mr. Gerard apenas atreviéndose á pronunciar las palabras, como si temiera decir más de lo que quería decir, y sobre todo cuando le oía un hombre como el comendador, Triptolemo de Melún ; me parece .. que .. la... cruz... de... la... Legión de honor.

— ¿ La cruz de la Legión de honor?... decidlo de una vez... ¿ qué diablos os detiene ?

— ¡ Oh ! eso sería el objeto de mis más ardientes deseos.

— ¿ Sabéis que os encuentro desmesuradamente modesto, Sr. Gerard ?

— ¡ Oh ! caballero.

— ¡ Sin duda ! ¿ qué es un pedazo de cinta encarnada en un ojal para un hombre como vos ?... Pues bien, Mr. Gerard, habéis designado pura y simplemente para otro la recompensa que S. M. había escogido para vos.

— ¡ Es posible ! exclamó Mr. Gerard, cuyo rostro se inyectó de sangre como si estuviera á punto de experimentar un ataque de apoplejía fulminante.

— Sí, señor, continuó el comendador ; S. M. os ofrece la cruz de caballero de la Legión de honor, y me ha encargado no sólo el traérosia, sino el ponerla por mi mismo

en vuestro pecho. Jamás habrá brillado una condecoración sobre un corazón más honrado.

— ¡ Moriré de alegría, señor comendador ! exclamó Mr. Gerard.

El comendador hizo el gesto de un hombre que busca en el bolsillo de su casaca algo, en tanto que Mr. Gerard, palpitando de alegría, de orgullo y de felicidad, se disponía á arrodillarse para recibir la acolada.

Pero en vez de sacar del bolsillo la cruz anunciada, el comendador cruzó los brazos y mirando á Mr. Gerard, dijo.

— Pardiez, señor hombre honrado, preciso es que seáis un insigne bribón.

Mr. Gerard, se comprenderá fácilmente, se enderezó como si le hubiera mordido una víbora.

Pero sin preocuparse por su aire de espanto, el comendador añadió :

— Vamos, Mr. Gerard, miradme de frente.

Mr. Gerard, palideciendo tanto, cuan encarnado antes estaba, trató de ejecutar el mandato del gentilhomme, pero sus ojos se bajaron á pesar suyo.

— ¿ Qué queréis decir, caballero ? balbuceó.

— Quiero deciros que Mr. Sarrantí es inocente : que vos sois el autor del crimen por el cual ha sido condenado á muerte ; que el rey nunca ha tenido idea de concederos cruz alguna ; que yo no soy el comendador Triptolemo de Melún, gentilhomme de cámara, sino Mr. Jackal, jefe de la policía secreta.

Y ahora, Mr. Gerard, hablemos como dos buenos amigos y escuchadme con la mayor atención, atendido á que tengo que deciros una multitud de cosas á cual más importantes.